

## El empuje de la estructura<sup>1</sup>

“Escribir. No puedo. Nadie puede. Hay que decirlo: no se puede. Y se escribe. Lo desconocido que uno lleva en sí mismo: escribir, eso es lo que se consigue. Eso o nada”

M. Duras, “Escribir”

Lo desconocido que uno lleva en sí mismo: aquello que cuando se escribe, inscribe, orienta.

¿De qué se trata presentar un escrito si no es preguntarse por aquello que insiste? Y lo que insiste acá son preguntas, para que aquello que interroga sea dicho, se escriba.

Conocí a Fran en Artificio, cuando comencé mi pasantía allí como estudiante de psicología, hace ya mucho tiempo. Siempre llamó mi atención el modo de su discurso, la crudeza de sus relatos, desbordado, metonímico y obsceno. Su cuerpo, rígido y lleno de ropa, con una delicadeza escondida imposible de mostrar. Viviana Maggio, fundadora y directora clínica de la institución repite siempre, como un lema, que nuestro hacer propicia “*valerse de las leyes del artificio para hacer posible la escena cotidiana*”<sup>2</sup>. Desde que comencé mi práctica allí me encuentro interpelada por la pregunta en relación a lo que se juega en el análisis con las psicosis, que no es sin que el deseo sostenga esa praxis: inventando el artificio<sup>3</sup> cada vez, como un modo de hacer tope a aquello que empuja.

Intentaré sostener este interrogante durante todo el trabajo, a partir del recorte de un caso clínico que me lleva a pensar en el empuje de la estructura, donde los nombres no alcanzan a escribir, y en el empuje-a-la-mujer como arreglo posible a la exigencia de goce, que sostengo como hipótesis.

Fran llega a la institución con un catálogo de calificaciones del discurso médico que fueron coagulando su estar. “*Catalogo*” ha dicho él. Fue el diagnóstico de “parafilia” el que comandó sus tratamientos, por lo que indicaron la castración química antes de sus 20 años.

Comencé a escuchar a Fran hace 4 años. Lo escucho, ofreciéndole un lugar, intentando también ordenar algo de lo que trae, acotándolo: su desborde es tal que por momentos parece escupir aquello que le insiste. Esta línea direccionará las intervenciones desde entonces. Aunque se muestra reticente al “*diálogo con un psicólogo*” dentro de la institución, desde ese primer encuentro pide que sostengamos las entrevistas todas las semanas.

Los mismos temas se repiten cada vez. La historia con el amigo: con el que se vio enredado en una serie de escenas obscenas en la vía pública. Escenas por las que termina encerrado, entre el marche preso de la policía y de aquellos Otros que condenaron su salida. Hace años que Fran no sale solo de su casa. “*Él no pide salir, sabe*”

---

<sup>1</sup> Trabajo presentado en la Reunion Lacanoamericana de Psicoanálisis 2019.

<sup>2</sup> Viviana Maggio: “Artificio crea realidad, no ficción”, [www.artificiolaplata.com](http://www.artificiolaplata.com).

<sup>3</sup> Artificio alude en este trabajo tanto al proyecto Artificio (proyecto de la ONG Amparo creada en el año 1999, cuya finalidad es la Asistencia, Investigación Transmisión en problemáticas mentales graves, Intersecciones en los campos del Arte, la Restauración y el Psicoanálisis, de autoría y dirección clínica de Viviana Maggio, proyecto que es puesto en marcha en el año 2001, en la ciudad de La Plata, Buenos Aires, Argentina), como así también a los que podemos denominar “artificios” en la Clínica Psicoanalítica, uno por uno, en el “hacer algo con eso”.

*que no puede; así estamos todos tranquilos, como un matrimonio de a tres*”, dice su madre, mientras intenta cerciorar que ese punto de goce no se tocará. Por ahí no.

Una vecina. Y muchas otras que van en serie con aquella *chica* que toma el protagonismo en diferentes escenarios. Fran planea estrategias para espiarlas y masturbarse; las examina detenidamente, estudiando sus movimientos, su ropa, sus modos; chicas que también le retornan amenazantes cuando algo de lo que no se logra anudar insiste. Cada escena termina siempre con un mismo final: les muestra su pene para asustarlas. *“Hasta verla muerta”*. Intento abrir el juego, nombrar otras opciones, pero la imposibilidad de ficcionar enquistado aquello que aparece como inmovible. ¿Siempre es lo mismo?

Entre los elementos que va desplegando en su análisis, aparece otro final posible: *“En el final me voy a quedar con él. Puto final”*. Se recorta otra opción por la vía del semejante: su amigo, el “único hombre”. *“Me gusta él, estoy emputecido con él”*. ¿Algo del orden del amor aparece como opción posible? Estar con él aparece como un “objetivo” que puede empezar a planificar. Le permite imaginar otras alternativas, pero que encuentran su tope cuando sus Otros aparecen en la escena, y se caen. Me pregunta si apuesto al amor. ¿Es esa apuesta al amor, en transferencia, también un modo de acotar?

La agencia: el lugar donde el padre pagaba para que el hijo tenga relaciones sexuales, mientras él y su esposa esperaban en el auto. La agencia que lo “transformó”. Escenas pasadas allí con los “travas” y las trabas de su padre también dan cuenta de aquellas cuestiones de su sexualidad que afloran con insistencia en su relato, desanudadas. El “karma” de su sexualidad, como lo llama, pareciera situar aquello que se impone, que no logra encausarse. Masturbarse *“hasta terminar”* como lo único que lo apacigua. Pero no encuentra tope allí, no puede parar; pulsión de muerte que se hace oír en la densidad de un relato que siempre apunta a lo mismo. Se pregunta por qué no puede acabar. Asoma una doble vertiente si jugamos con el equívoco: poder eyacular y dejar de masturbarse, y salir de su casa: *“El día que pueda acabar voy a salir”*. ¿Funcionaría esto como tope a ese goce ilimitado? Pero nuevamente aquí están sus Otros reales que imposibilitan. El padre, su “traba mayor”. Fran se imagina “libre” cuando él ya no esté.

*“¿Algún día voy a avanzar?”* me pregunta cuando sus circuitos hacen cortos, dejando entrever su límite. Se escucha afectado cuando dice estar cansado de que la gente le tenga miedo, de *“ser un pajero, un perverso”*. Sus ojos se ponen rojos y, desbordado, llora con fuerza. ¿Nombre del Otro que irrumpe? *“¿Vos crees que hay cosas que se pueden revertir?”*.

Estos temas que se repiten en las entrevistas dan cuenta del exceso que caracteriza su discurso desordenado. Marcan la orientación de la transferencia con este paciente. Una fuerza turbulenta que, como un trompo, envuelve, enredando los hilos que conducen el trabajo. Incita a sostener ese exceso, el lugar al que convoca la estructura, como una gran ola que arrolla. Y eso que insiste me lleva a la pregunta: ¿De qué se trata sostener esta transferencia, soportar lo insostenible como barrera al goce? ¿Cómo sostener la apuesta de que

aparezca otra cosa cuando el exceso arrasa? Ernesto Vetere nos advierte del “saber-hacer con la transferencia”<sup>4</sup> por parte del analista, construyendo puntos de amarre en esa vertiginosa corriente.

Insiste con contar todo, con que yo sepa todo. Lo invito a hablar, pero no de todo. Sanciono aquello que es del orden de su privacidad, cuestiones que tienen que ver con su intimidad. No tengo que escuchar todo. NO-TODO como intervención: intento de límite que direcciona la cura. ¿Se trata solo de prestar el significante que, a falta de ley paterna, funcione como elemento que haga de barrera al goce? ¿Prestar es hacer de soporte? Prestarse a soportar una transferencia.

Entre 1955-1956, Lacan refiere como condición esencial de la psicosis la forclusión del nombre del padre en el lugar del Otro y el fracaso de la metáfora paterna<sup>5</sup>. Consecuencia de ello es que la relación del significante al significante esté interrumpida; al no operar la metáfora paterna en la psicosis, no hay inscripción de la ley del no-todo, lo que evidencia la mortificación del sujeto.

El sujeto psicótico habla de algo que le habla; el inconciente como *eso* que habla en el sujeto, más allá del sujeto. Lacan lo llamó “*testigo abierto*” o “*mártir del inconciente*”<sup>6</sup>. A partir del valor que le otorga a la palabra del psicótico, el lugar de testigo queda reservado para el sujeto, el del sujeto que habla, ofreciendo así su testimonio. La tarea del analista oficia de constituyente mismo del testimonio del psicótico. Y siguiendo el lineamiento que Vetere propone en su libro, a partir del concepto de “*disparidad subjetiva*”<sup>7</sup> podemos pensar la particularidad de estas transferencias, apelando desde allí a la construcción del lugar de la terceridad: el analista en tanto semejante, no ocupa entonces el lugar del Otro, sino el del otro imaginario. Solo desde este lugar puede escuchar, y operar.

Vetere también nos invita a pensar el lugar de testigo del sujeto psicótico como “*testigo activo*”, convocando al sujeto para que ponga en juego las referencias con las que sí cuenta. La posición del analista como semejante apuntala entonces la posición del propio sujeto, posición que se sostiene en relación a la apuesta vivificante del sujeto. Siguiendo la lógica del esquema Z de Lacan: que el sujeto haga su juego, bajo otras coordenadas.

No se trata de la transferencia como reedición sino de una transferencia de valor, al saber del psicótico.

“*Vos sos psicóloga, tenés que escuchar todo. Si no escuchas todo, tenés que dar un paso al costado*”. Letra que orienta: dar pasos al costado es entonces ocupar el lugar del semejante, otro barrado, que acompaña desde ahí. El analista no queda por fuera. Ofrece entonces su presencia, orientado en su falta en ser, para que la palabra tenga lugar. Se abstiene de dar respuesta cuando en la relación dual se lo llama a suplir, por medio de su decir, el vacío de la forclusión y a llenar este vacío con sus imperativos, lugar del Otro de todas las respuestas, que provoca así el arrasamiento subjetivo del paciente. La presencia del analista nos orienta sobre esta imposible existencia y marca un (otro) lugar posible para el sujeto: de eso se trata la ética de la intervención del analista.

---

<sup>4</sup> Ernesto Vetere: “La invención psicótica de la transferencia”, Editorial Lazos, Buenos Aires, 2014.

<sup>5</sup> Jacques Lacan, “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis”, pág. 550, Escritos 2. Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires, 2014.

<sup>6</sup> Jacques Lacan, “El seminario, Libro III: Las psicosis”, pág. 63. Ed. Paidós, Buenos Aires, 1984.

<sup>7</sup> Ernesto Vetere, pág. 26, pág. 195.

Una intervención que todavía hace eco: el torbellino de goce enmarañaba su relato y yo le dije que de eso no quería saber. Fran todavía la recuerda. *¿Por qué ahora sí querés escuchar?* Escucha que no es sin sostener el límite -con el cuerpo incluso- del no-toda disponible.

¿Qué pasa con las mujeres? Dice que no le gustan sino que las “admira”: “Admirarla es mirarla”. Por eso cuando las mira se *hace la película*: un modo de ver-selas con esto. Hablamos de “fantasías”, posibilitando que esto quede del lado de sus cosas privadas, lo que desde allí ofrece el marco de la ficción, lábil velo que empieza a tapar.

Su admiración por las mujeres aparece en relación con las cosas que ellas hacen: cambiarse, vestirse, maquillarse. Cosas que le enseñaron en la agencia. Esto no deja de lado su interés por los hombres, sobre todo por aquel amigo, a partir del cual empieza a nombrarse “homosexual”: “Empecé a ser homosexual cuando estuve con él” / “Yo no elegí ser así, soy homosexual”. Armado imaginario por la vía del semejante, que puede apaciguar la irrupción de goce durante un tiempo, pero como tal, cae. No llega a operar como un nombre que anude. Sin embargo, esto posibilitó que la búsqueda por aquello se relance. Algo insiste: “las cosas de mujer”. “No soy todo homosexual”. Dos caras, una mala, la de mujer, otra buena, la del varoncito que usa la ropa que los otros quieren. Hacer de varón, es lo que sus padres ven; en su intimidad se viste de mujer, elige ropa interior de su madre: “Internamente soy mujer”. Otro intento: “Soy un varón que le gusta la ropa de mujer. Con esa limitación, no soy un varón común: soy especial”. Llega a la institución con su ropa debajo de los buzos y pantalones deportivos que le compran sus padres. Ensaya cómo usarla para que nada se note, ni siquiera el ruido de las pulseras que, tímidas, resuenan apenas cruza la puerta de la institución. “Soy tapado”. Así posibilita un lugar para lo suyo, un marco a partir del que puede hacer donde no todos ven, velando la crudeza de la exhibición. Se prueba la bufanda de una analista y se mira al espejo. ¿Ropaje que le ofrece otra mirada? No sin otros que habiliten: en ese espacio se puede transitar con otra ropa. Pregunta cómo lo veo, si le creo. ¿Desde dónde se lo mira? ¿Cómo leer este ser especial, esta diferencia que insiste del lado de la exclusividad?

Su incomodidad se pone a jugar en la transferencia, el peso de sus padres, el encierro, sus marcas. “Apostá, no quiero ser sin libertad”. Las trabas insisten. “Trabas por donde se lo mire” y letra que orienta nuevamente la escucha: “Me gustaría ser travesti con el cuerpo todo”. Propicia el pasaje de las trabas de los Otros, a la traba, *ser travesti*; intervención que apunta a ensayar un (otro) nombre que anude la letra, reencauzar el goce como estrategia clínica, modo posible de hacer tope a esa exigencia de goce que aparece cuando su cuerpo habla solo, sin límite, ni detención.

¿Es posible pensar en ese ser travesti como una respuesta a la infinitización del goce? Y acá la pregunta que comanda mi escrito, como hipótesis: ¿qué sucedería si La-trava emergiera? ¿Qué pasaría si Fran circulara vestido de mujer? Es esta pregunta la que me lleva a pensar en el empuje-a-la-mujer, en la vía de un tratamiento posible a este goce desenfrenado donde la excepción se inscribe. Si la forclusión del nombre del padre nos advierte de la significación de un goce infinito, hablar del empuje-a-la-mujer también implica pensar en la manifestación de la pulsión en las psicosis, empuje subsidiario de una desregulación del goce, producto de la no inscripción en el goce fálico.

En el último tiempo de su enseñanza, y en torno a la lógica de la sexuación, Lacan plantea el empuje-a-la-mujer, referido al caso del presidente Schreber: en la medida en que el cuantor de la excepción paterna no se escribe del lado hombre, se produce un forzamiento a inscribir del lado derecho otra excepción, la excepción de La Mujer (aquello que no existe en el orden fálico). Ese forzamiento puede deslocalizar el goce, efecto estructural de la forclusión del Nombre del Padre; pero si logra inscribirse como excepción, tendrá la función de localizar ese goce. Esta “La Mujer”, como figura de excepción, es la que se diferencia de las mujeres no-todas<sup>8</sup>, y la que intentaría hacer existir el psicótico para que funcione como referencia en el campo del Otro goce sin sentido. Y dado que La Mujer sin barrar no existe, se trata de una excepción que cada uno debe inventar. En Schreber fue “La mujer de Dios” aquella orientación que pudo dar sentido a esa exigencia de goce, y dándole nombre de Dios que pudo dar sentido a ese goce del Otro.

Algo cae del lado de la excepción con este ser travesti, cuando Fran puede diferenciarse de todos los hombres, ya que, por sus “cosas de mujer”, no es un chico común. Y además parecería posibilitar un anudamiento diferente ya que esa irrupción deslocalizada del goce en el cuerpo, para ser nombrada, recorta el saber-hacer particular del sujeto con su miembro. Nominación del lado del saber-hacer.

Vuelvo a tomar prestadas las palabras de Ernesto<sup>9</sup> cuando nos dice que el oficio es del analizante, el del saber-hacer, a partir del deseo del analista, que cede la palabra, en la búsqueda de la invención del analizante. Pensando en el deseo del analista como vector que orienta la praxis, y en la función del analista como semblante de borde, arribo entonces a una última aproximación: no es sin que el no-todo del analista entre en juego para que la-trava tenga lugar como un armado posible que permita encauzar ese goce infinito. Apuesta al saber-hacer como maniobra y trabajo de escritura.

Daiana Kratzer

---

<sup>8</sup> Eduardo Mahieu: “El empuje-a-la-mujer. Formas, transformaciones y estructura”, Pág. 70. El Espejo Ediciones, Córdoba, Argentina, 2004.

<sup>9</sup> Ernesto Vetere, “¿Cómo opera el inconciente? ¿Cómo opera el analista? Neurosis, Psicosis y Perversión”, Jornadas Anuales 2018 Lazos Institución Psicoanalítica, La Plata, Buenos Aires.